

*Se inauguró el pasado mes de septiembre*

## «Tesoros del Arte Japonés»

Ciclo de conferencias sobre el período Edo

El pasado 23 de septiembre se inauguró en Madrid, en la sede de la Fundación Juan March, la Exposición «Tesoros del Arte Japonés», que con 88 piezas, entre pinturas, grabados, lacas y armas, ofrece una muestra del fecundo período Edo (1615-1868). Esta exposición, formada con fondos del Museo Fuji, de Tokyo, permanecerá en Madrid hasta el 22 de enero de 1995, y entre el 9 de febrero y el 9 de abril se exhibirá en Barcelona, en la Fundación Caixa de Catalunya (en «La Pedrera»). El acto inaugural, al que asistieron, entre otros, el embajador de Japón en España, Tatsuo Yamaguchi, y Ricardo Díez Hochleitner, presidente del Club de Roma, consistió en una conferencia de Tatsuo Takakura, director del Museo Fuji, de Tokyo, y autor de un estudio reproducido en el catálogo, del que ya se informaba en un Boletín anterior. Previamente intervinieron Juan March Delgado, presidente de la Fundación Juan March, e Hiromasa Ikeda, hijo del fundador y presidente del Museo Fuji, Daisaku Ikeda. Hiromasa Ikeda resaltó el hecho de que «nunca se había realizado una exhibición artística de gran magnitud que diese a conocer en tierra española los tesoros y bienes culturales que integran el patrimonio histórico de Japón». Señaló también que «de más está decir que un intercambio cultural nunca es fruto de una acción unidireccional. La reciprocidad de la gente es lo que permite superar las diferencias étnicas, las diferencias que imponen las fronteras». Esta idea fue subrayada por el presidente de la Fundación Juan March: «Estoy seguro —dijo— que esta exposición servirá para aumentar las ya buenas relaciones entre nuestros dos pueblos».

Con motivo de la muestra, el martes 27 de septiembre se inició un ciclo de cuatro conferencias sobre este período cultural. Así, los días 27 y 29 de septiembre, Kayoko Takagi, profesora visitante en el Centro de Estudios de Asia Oriental de la Universidad Autónoma de Madrid, habló de «Aproximación al período Edo» y de «La cultura de Edo»; y el padre Fernando García Gutiérrez, investigador del arte japonés, habló de «Arte decorativo de Japón en el período Edo» y «Arquitectura japonesa del período Edo: palacio de Katsura, 'casas de té', templos de Nikko».

En páginas siguientes se ofrece un resumen del ciclo.



Hiromasa Ikeda y el presidente de la Fundación Juan March visitan la exposición.

*Kayoko Takagi*

## «La cultura de Edo»

Desde hace varias décadas, en Japón se ha despertado un gran interés por descubrir las raíces del pueblo: quiénes somos nosotros, por qué somos de esta manera, y después analizar la situación actual del país en el marco internacional desde el punto de vista japonés: cuál es el camino que Japón debe seguir, o qué es lo que los demás esperan de Japón, etc. Podríamos decir que la tendencia actual del *boom* del período Edo que se detecta en los últimos años también se puede interpretar como un intento de búsqueda, no sólo por parte de los japoneses sino también por parte de los extranjeros, sobre el origen de esta cultura singular que sigue sorprendiendo al mundo, y el porqué del enigma japonés, que ha conseguido materialmente la coexistencia de la tradición y el desarrollo tecnológico. Al lado de los rascacielos o los edificios inteligentes, siguen existiendo los templos milenarios, y los videojuegos japoneses que han barrido el mercado mundial comparten la vida infantil de los japoneses, que no perdonan las visitas ceremoniales a los tres, a los cinco y a los siete años al santuario sintoísta.

Hasta hace relativamente poco, la época de Edo se consideraba como un período oscuro lleno de ideas anacrónicas que contrastaban con todo lo que encierra la sociedad moderna occidental. Podríamos compararlo con el concepto antiguo de la Edad Media dentro de la historia occidental. Era así, en tanto en cuanto que el período Meiji, que sigue después (1868-1912), representa los años de rápida adaptación y modernización del país, que se convirtió en menos de cuarenta años en el único país de Asia comparable con los europeos. El afán y el fervor de los japoneses en aprender y asimilar la cultura occidental eran de tal magnitud

que existe una anécdota increíble de un antiguo ministro de educación japonés que declaró que, para solucionar el retraso global y la barrera idiomática, sería conveniente sustituir la lengua japonesa por el francés. Afortunadamente la propuesta no se materializó.

Este rechazo casi visceral de la época de aislamiento nacional que duró dos largos siglos se ha ido suavizando a medida que Japón perfeccionaba su transición hacia un país moderno, democrático y desarrollado. Existe actualmente la tendencia a revalorizar este período del régimen feudal auténticamente japonés como una base dinamizada para su posterior desarrollo en cuanto a la modernización o, en otras palabras, la occidentalización del país. Hemos de reconocer que el proceso acelerador que Japón experimentó en la asimilación de la civilización occidental ha llegado a un punto de madurez, y se ha comenzado a buscar la causa en la vuelta a su identidad cultural.

El primer contacto con el Occidente trajo a Japón dos elementos primordiales: el arcabuz y la religión católica. La introducción de la nueva arma en medio de las continuas guerras civiles en que se hallaba sumido el país sirvió de catalizador para el aumento del comercio de armas con los portugueses, españoles y, algo más tarde, con los ingleses, holandeses y franceses. La explotación de minas de oro y plata en Japón en aquella época llegó a su techo, y la competencia comercial se traducía en manio-



bras ocultas y sucias que terminaron causando, en parte, el cierre total del país al exterior.

El catolicismo fue acogido en Japón con gran admiración por parte del pueblo. Las nuevas ideas de la vida y los hábitos desconocidos atraían la curiosidad de los nuevos gobernantes del país que no procedían de la clase antigua ni estaban precisamente atados a la ideología tradicional y conservadora. La divulgación fue rápida y amplia. Sin embargo, la época inicial, llena de comprensión y generosidad, no duró mucho. *Sakoku* es la medida decisiva que tomó el *shogun* Ieyasu ante esta amenaza. *Sakoku* significa cerrar el país al exterior.

Según Umeshio Tadao, director del Museo Nacional Etnológico, Ieyasu consiguió con *sakoku*, aparte de evitar la fuerza amenazadora del catolicismo, monopolizar el comercio exterior con el que algunas regiones del suroeste del país estaban amasando grandes fortunas. Por otra parte, el profesor Shinzaburo Oishi, en su libro *Edo Jidai* («Período Edo»), opina que *sakoku* se puede considerar una política

positiva que eligió Japón como respuesta a las circunstancias externas e internas que rodeaban el país.

Como todo aislamiento significa un retroceso en la evolución ortodoxa, a nivel del pueblo llano el interés por el mundo exterior se redujo a la mínima expresión durante esta época, y el desconocimiento del desarrollo científico, tecnológico y cultural de Occidente dejó a Japón con grandes traumas que aún hoy día no podemos negar en sus influencias en muchos aspectos. El período Edo abarca desde el comienzo del siglo XVII hasta mediados del XIX. Edo, actual centro de Tokyo, es el lugar donde se instaló el gobierno central, llamado *bakufu*, de la familia Tokugawa. El *bakufu* controlaba los gobiernos regionales independientes entre sí llamados *han*. De ahí el régimen *bakuhan* de los Tokugawas. *Shogun* es el título máximo que podía alcanzar un *samurai*, el cual tradicionalmente significaba el jefe del poder político y militar. Tokugawa Ieyasu, después de la muerte de Toyotomi Hideyoshi, retoma la labor de la unificación del país.

## Formación de la cultura japonesa

Cuando hablamos de los elementos característicos de la cultura japonesa, nos damos cuenta inmediatamente de cuántas cosas tienen su origen en el período Edo, y, si no es el origen lo que encontramos, hay un fenómeno de secularización y popularización de la cultura antigua, que hasta entonces nunca había tenido tal magnitud de aceptación por parte de las masas. Al echar un vistazo rápido a la historia cultural de Japón, uno llega inexorablemente a la conclusión de que Japón ha sido receptor generoso y buen discípulo de las culturas extranjeras de cada momento. Podríamos citar como ejemplos los caracteres chinos que llegaron con los libros del budismo a principios del siglo V, su fi-

losofía y sabiduría, las artes coreanas, la cultura occidental llamada *Namban* y el catolicismo...

*Namban* era la denominación que los japoneses del siglo XVI otorgaron a los portugueses y a los españoles que venían de Macao, Manila, etc. Literalmente significa «bárbaros del sur». En esta época nació el arte *Namban*, que abarca desde las pinturas en grandes biombos a objetos de laca, muebles y hasta cerámica. Gracias a estas obras podemos



apreciar hoy la impresión que causaban los bárbaros del sur en Japón. La cultura japonesa ha ido forjando su identidad autóctona bajo un continuo baño de influencias extranjeras. Es muy curioso, sin embargo, ver cómo los elementos nuevos y extraños de su época penetraron sin dificultad ni grandes resistencias en el terreno japonés y después evolucionaron de manera muy peculiar hasta convertirse casi en algo totalmente distinto.

Tomaremos el ejemplo de *Kana*. Se desconoce cualquier tipo de letras en Japón antes de la llegada de los caracteres chinos llamados *Kanji*. Los intelectuales del país aprendían con gran fervor el *Kanji* a través de la lectura de los libros budistas y de la filosofía china. Durante los siglos VII, VIII y IX continuaron las misiones japonesas a las cortes chinas en las que no sólo mandaban a los jóvenes estudiantes sino también traían a los chinos que trabajarían como secretarios o registradores de los asuntos burocráticos del gobierno. La aparición de los primeros libros acaece en el siglo VIII, entre los cuales

hay que destacar la compilación de la antología de *Waka*.

El *Kana* nace del *Kanji* por la necesidad del pueblo, que quiere dejar escrito lo que siente y lo que piensa. La primera novela de la literatura japonesa, el *Cuento de Genji*, aparece en 1004 con el pleno dominio del

*Kana*, y lo escribió una dama de compañía de la corte imperial, Murasaki Shikibu. Sabemos que el *Kana* entonces se consideraba como letras para las mujeres, y los hombres intelectuales utilizaban aún oficialmente el *Kanji*. Una segunda época de formación cultural de Japón la encontramos precisamente en la de Edo. Se produce la situación política de aislamiento total tras una experiencia única de contactos apresurados e intensos con la cultura occidental. Muchos investigadores opinan que el florecimiento de la cultura *Namban*, nacida de manera semejante a otras culturas extranjeras en la primera fase de su aceptación en Japón, no dejó huellas profundas en el desarrollo cultural de este país.

Aparte del elemento decisivo, a mi modo de ver, que era el primer contacto de Japón con el Occidente, se le atribuye al período Edo el origen de muchos otros rasgos llamados típicamente japoneses. Veamos cuáles son éstos: *geisha*, *kimono*, *sushi*, *tempura*, *koto*, *shamisen*, *haiku*, religión *Zen*, ceremonia del té, *kabuki*, *yoruri*, etc. Naturalmente, sería forzarlo indebidamente buscar el origen de todo lo que se nos ocurre como japonés en esta época; sin embargo, hay que reconocer que si el origen no radica en este período, por lo menos su popularización y divulgación se llevó a cabo durante estos siglos.

La época de Edo fue un período decisivo para comprender el crecimiento y el desarrollo de la identidad japonesa actual. Al contrario de lo que se decía sólo hace 20 años, se detecta actualmente un interés amplio y profundo sobre el período Edo.

El fervor y la devoción que sentían los japoneses por la cultura occidental en el período Meiji hicieron que la etapa anterior fuera infravalorada desde el punto de vista histórico. Sin embargo, el descubrimiento del «ego» de los ciudadanos en el período Edo reclamaba un cambio de la sociedad y una libertad de desarrollo económico.



«Paisaje» (siglo XVIII), de Soga Shōhaku.

Fernando García Gutiérrez

## «Arte decorativo y arquitectura japonesa»

Quizás debido al aislamiento de influencias exteriores del período Edo, el arte de Japón adquiere en ese tiempo un signo particular de creatividad, que se pone de manifiesto, sobre todo, en la Escuela de *Ukiyo-e* y la Escuela Decorativa, aunque también aparece en otros movimientos artísticos de menor entidad. Es significativo el cambio ocurrido en el ambiente social de la época de los Tokugawa respecto al arte. Al mismo tiempo que la Casa Imperial sigue protegiendo a los artistas tradicionales y las clases sociales más altas se mantienen también en la misma línea del pasado, emerge una nueva clase social con mucha fuerza, la de los mercaderes y comerciantes, que acogen y protegen todas las innovaciones artísticas. Y esto llega a sentirse de tal manera que, como ya hemos visto, hasta figuras de las escuelas tradicionales se dejan influir por las nuevas corrientes estéticas y realizan obras para el *shogun* o los *daimyo* en el nuevo estilo.

Hay veces en que la cuna de las innovaciones estéticas es Kyoto, la ciudad que mantiene la tradición junto a la corte imperial, y desde allí pasan estas corrientes innovadoras a la capital Edo, en donde adquieren un desarrollo mucho mayor. Esta extensión de los nuevos estilos es general para todo Japón y marca la característica de todo el arte de la época. Ya quedan atrás los períodos en los que la influencia de fuera era definitiva: debido a las circunstancias ambientales, las escuelas más originales, que habían comenzado a manifestarse en tiempos anteriores, alcanzan ahora su máximo desarrollo. La tendencia hacia el decorativismo es una de las características del arte japonés que había ido apareciendo de cuando en

cuando en todos los períodos de su historia.

Este estilo tenía, sin duda, una fuerza creativa que no aparecía en las obras de la Escuela de Kano, en la que se seguía la tradición china con muy pocas excepciones. El estilo decorativo revive inesperadamente en el período de Momoyama, con esa serie de biombo, obras de pintores anónimos en su mayoría, que presentan las mejores notas del arte decorativo: riqueza y esplendor de toda la composición, uso de fondos dorados en los cuadros, claridad cromática y caracteres rítmicos en la composición del tema. Otras obras de arte fuera de la pintura presentan también estas características: porcelanas con rica decoración en la superficie, objetos lacados con la técnica del *maki-e*, etc.



Los mercaderes ricos, conocidos con el nombre de *machishu*, representaban a un grupo independiente de la población, que crearon una cultura especial propia de ellos al trasplantar la clásica civilización japonesa al campo más realista y rico de su clase social. El grupo *machishu* de Kyoto formó un fuerte centro cultural en contacto con la Corte Imperial y en oposición al régimen de los Tokugawa en Edo. Ellos fueron capaces de crear una cultura superior a la de Edo, que más tarde pasó a influir en la nueva capital. El espíritu de cooperación que reinaba en este grupo dio como resultado una serie de obras de importancia capital en la historia del arte japonés:



los jardines-palacios de Katsura y de Shugaku-in en Kyoto son un ejemplo magnífico. Otro producto del *machi-shu* es el estilo pictórico de Sotatsu, que iba a marcar una de las cumbres más originales en toda la pintura japonesa.

El grupo cultural de Kyoto formó un centro de reunión en la colina de Takagamine, al norte de la ciudad, alrededor del gran artista Hon'ami Koetsu. Con el tiempo, este lugar llegó a ser el centro cultural donde se daban cita muchos artistas, maestros del té, artesanos, etc., que estaban creando uno de los estilos más personales de toda la historia del arte en Japón. El maestro de todos, Koetsu (1558-1637), era un artista del tipo del renacimiento italiano que, además de ser pintor, reunía en su persona múltiples facetas estéticas: era uno de los ceramistas más originales que ha tenido Japón, maestro del té, artista de la laca, de la caligrafía, etc. Un espíritu comparable a Leonardo da Vinci.

Su sensibilidad artística debió de dejar una profunda huella en el espíritu de uno de aquellos artistas que se reunían con él en la villa de Takagamine: Tawaraya Sotatsu. Se conocen muy pocos datos históricos sobre su vida y es uno de esos artistas cuyas obras son el mejor testimonio de su existencia y la explicación de su personalidad. Fue un genio entre aquellos *machi-eshi* (pintores populares), que creó un estilo fresco y nuevo, lleno de atrevidos avances en su tendencia decorativa. El arte de la Escuela Decorativa se fue debilitando

poco a poco, hasta que apareció otro genio que iba a llegar a las alturas marcadas por Sotatsu y Koetsu: Ogata Korin (1658-1716). Así como no se conocen datos de la vida de Sotatsu, la de Ogata Korin puede seguirse paso a paso gracias a la abundante documentación que se conserva. Korin fue el primero, en toda la historia del arte japonés, que intencionadamente creó una muestra de la belleza tradicional de Japón, con elementos, formas y técnicas absolutamente nuevos.

Las características que marcan la arquitectura japonesa de todos los tiempos se pueden reducir a cuatro: 1) Respeto por la naturaleza de los materiales y, especialmente, en el modo de tratar la madera. 2) Relación entre el edificio y su posición en el paisaje de la naturaleza. 3) Sencillez, que proviene de una lógica expresión de la utilidad y la estructura y de la eliminación de todo lo no esencial. 4) Posibilidad de la expresión del espíritu o del significado interior de la arquitectura.

La planificación arquitectónica modular en la arquitectura occidental actual alcanzó un alto grado de desarrollo hace 500 años en Japón. De este concepto modular se desarrolló un sistema estético de planificación denominado *Kiwari*, según el cual la proporción de todos los componentes de la estructura debe determinarse de acuerdo con la separación y tamaño de las columnas utilizadas. Mientras que los santuarios del Shintō han desempeñado un papel importante en la configuración de la arquitectura tradicional de Japón, en general, se considera que la influencia más importante fue la recibida de la secta budista Zen, con su célebre «arte del té». Como una manifestación inigualable de estos principios arquitectónicos, podemos fijarnos en el Palacio de Katsura y en las «casas de té», para contrastarlos con el Mausoleo de Nikko, que fue también construido en el mismo período Edo.

En 1615, el príncipe Toshihito eligió un lugar en los alrededores del río Katsura para construir una villa imperial. Diseñado según el método llamado *kiwari*, con todas las habitaciones medidas en total acuerdo con el módulo del *tatami*, los tres edificios principales de la villa imperial no tienen ni eje central ni punto focal único, pero su maravilloso *empleo del espacio* ha llevado a los expertos a considerar a estas construcciones como «una elegante anulación de la simetría». Las delicadas proporciones del Palacio de Katsura, la extraordinaria artesanía que muestran sus estructuras y la *armoniosa integración de la casa y el jardín* son los valores principales de esta obra arquitectónica.

La primera habitación hecha exclusivamente para realizar en ella la «Ceremonia del té» fue designada por el monje Murata Shuko (1423-1502), dentro de un edificio de un templo budista Zen, y sirvió desde entonces como modelo para los *Chashitsu* que se iban a edificar más tarde. En el período Edo las «casas de té» se edificaron ya como estructuras separadas, hechas en un estilo rústico llamado *sukiya*. Para algunos autores, este estilo fue una reacción frente al splen-

dor y la elegancia de la arquitectura oficial japonesa. La apariencia exterior de las «casas de té» es la de una cabaña de campo, hecha de los materiales más simples y rústicos. Pero el diseño es de líneas claras y puras, de planos que combinan su horizontalidad con otros de sentido vertical. La ornamentación está totalmente ausente: las paredes son de color de tierra, y los pilares son troncos de árboles dejados casi en su forma natural.

Junto a la maravilla de sencillez estética de la Villa Imperial de Katsura y de las innumerables «casas de té», parece increíble que el arte japonés fuera capaz de producir un monumento arquitectónico de características tan barrocas como el Mausoleo de Toshogu, en Nikko. Fue precisamente en la época de innovaciones estéticas, en el período Edo, cuando surgió, casi por generación espontánea, aquel conjunto de construcciones sin paralelo en la historia artística de Japón. Las circunstancias históricas, totalmente inéditas, dieron lugar a esta obra, que no deja de ser grandiosa en su originalidad. Aunque no cabe duda de que el Mausoleo está muy lejos de ser una expresión auténtica de la estética japonesa. □

## Ediciones y visitas guiadas

Como se hizo con ocasión de la exposición con la obra gráfica de Goya, la Fundación Juan March, además de

un tríptico que sirve de programa de mano y guía de la misma, que han realizado **Kayoko Takagi** (texto) y **Jordi**



**Teixidor** (diseño), ha editado una carpeta con seis láminas, que se venden a 5.000 pesetas (o mil pesetas cada lámina suelta; éstas, enmarcadas, tienen un precio de 5.000 pesetas cada una). Asimismo, hay visitas guiadas a la muestra, los miércoles, de 10 a 13,30; y los viernes, de 17,30 a 20,30 horas (y los lunes por la tarde sólo para grupos organizados).